

# MADRID TAMBIEN ES IMPORTANTE POR SUS GANADERIAS DE RESES BRAVAS



**D**ISTRIBUIDAS en tres zonas (Mediodía, Centro y Salamanca), la Agrupación Nacional de Ganaderos engloba hoy a 269 ganaderías. El segundo lugar en importancia numérica corresponde a la zona Centro, que es la que incluye la provincia de Madrid con 81 hieiros. Como la extensión que le corresponde es tan amplia —desde Toledo a Gerona y de Vizcaya a Murcia— el traslado de las reses es fenómeno frecuente para un aprovechamiento racional de los pastos. No es tan sencillo delimitar las ganaderías netamente madrileñas; es decir: las ubicadas en la provincia. Madrid cuenta hoy, por ejemplo, con una de las ganaderías de más cartel, por la peligrosidad de sus toros: los «Vitorinos» de Galapagar, ganadería que tiene una antigüedad de casi sesenta años, formada con los temibles «Albaserrada». Las hay propiedad de toreros o

Tiene una  
veintena  
de ellas,  
siendo las más  
destacadas  
las de  
Victorino,  
Domingo  
Ortega y  
Amelia  
Pérez  
Tabernero

ex toreros y este es el caso de Domingo Ortega y Palomo Linares, y cuenta, en su finca de «El Palomar», con una ganadera de rancio apellido, entroncado desde hace muchos años con la cría de toros de lidia: Amelia Pérez-Tabernero.

También están ubicadas en nuestra provincia, o muy cerca, ganaderías de Maribáñez, La Laguna, Lázaro Sonia, Hernández Pla, Baltasar Ibán, Enrique Yande, Frías Hermanos, García-Aleas, García Ibáñez, El Campillo, El Janal de la Mina, El Pizarral, El Tonie (de los hermanos Martín Berrocal), Abranz de Robles, Alonso Moreno y conde de Mayalde.

**DOMINGO ORTEGA:  
DOS MIL TOROS  
DESPACHADOS  
Y 40 AÑOS COMO  
GANADERO**

Es el más grande de los toreros vivos. Nació allá en Borox,





un pueblecito de Toledo junto al Tajo, hace setenta y un años, y estoqué más de dos mil toros en veintiséis años de ejercicio. Dos cogidas graves y algún rasguño sin importancia. Sin antecedentes taurinos en la familia, de él puede decirse, trastocando el verso de Blas de Otero, que «nació al toro de repente». Aquel chavalillo que «la primera vez que vive a Madrid fue detrás de un burro cargado de cebollas», es hoy un hombre de pelo blanco, no más palabras que las justas, la vista cansada y esa sabiduría prudente de las cosas, de que dota el ejercicio

de la vida a quienes caminan, poco a poco, pero con inteligencia. Pues aquel muchachillo semianalfabeto de Borox llegó a dar conferencias en el Ateneo madrileño.

—La España de mi niñez, es la España trágica de Solana. Tampoco el toreo es alegre, ni puede serlo. Es como si alguien dijese que se divierte y se ríe leyendo a Unamuno. Y hay que tener en cuenta que, en los años treinta, una cornada grave metía a un torero en la cama para dos meses.

Como él llegó a ganadero desde el ejercicio del toreo, pues

para llegar a aquello la conversación ha de pasar necesariamente por esto.

—Vi la primera corrida de toros cuando tenía diecinueve años en la plaza de Aranjuez. En esto se dan más casos de hombres que vienen de la nada, que aquellos que proceden de una situación social más que acomodada. Pero los hombres no han nacido para morir en las plazas de toros, aunque en ellas es fundamental que el riesgo exista. El miedo del toreo es desconocer el toro cuando hay que estar cerca de él.

Y la ganadera, su actividad taurina de ahora. Hemos bajado hasta los bordes del Tajo, allá por Aranjuez, a la finca de Valjuanete donde tiene los machos. Las vacas pastan todo el invierno en Navalcaide; desde la primavera hasta el otoño la trasladada a la finca de Aldeanueva, en Segovia. Hemos subido hasta el cerro donde pastan los toros, y Domingo, con esa sabiduría que tiene del toro, nos iba diciendo lo que habíamos de hacer para obtener buenas fotos. Y acertaba, infaliblemente: «Ahora se para. Espera un momento. Ahora se vuelve... rápido

que se va...» ¡Qué poder el del instinto cuando urge aguzar el conocimiento porque en el envite va la vida! Y, sin embargo, eso es algo que no todo el mundo alcanza.

—Hablemos de los orígenes de tu ganadería.

—La compré en mil novecientos treinta y cinco. Era de Parladé y tenía un gran renombre, sobre todo a principios de siglo, y por eso la compré. Ahora lidio al año de ocho a nueve corridas. La finca tiene setecientas hectáreas y se la compré al duque de Veragua; antes había sido de Fernando VII.

Cuarenta años lleva Domingo Ortega como ganadero, y ni él ni nadie ha podido averiguar por qué se caen los toros.

—Creo que fundamentalmente porque la crianza y la alimentación es distinta. Antes el toro llegaba a la plaza desde la finca caminando por las cañadas, se mantenía únicamente de los pastos y su contextura era mucho más musculosa.

Y la fiesta.

—Ahora el público es distinto y dispone de más espectáculos. Pues a pesar de que se diga que los toros están en franca decadencia, aún se celebran al año unas quinientas corridas en el país. El pueblo español lleva dentro de su sangre la fiesta del toro. La gente acudió y acudirá a los cosos porque hay un peligro, una lucha, la posibilidad de una tragedia. Por eso la crisis del espectáculo está en la crisis económica del pueblo. Si la gente anda mal económicamente, eso sí que es peligro para la fiesta. Nadie piense tampoco que antes las plazas se llenaban todas las tardes. José y Juan torearon muchas veces con la plaza a medias. Pienso que la fiesta del toro no se perderá definitivamente.

Lo curioso es que nadie, que uno sepa, había asignado a los toros el papel de termómetro de la situación política. Domingo Ortega sí. Es su mundo.

—La fiesta no evoluciona más que cuando evoluciona España. Porque las corridas de toros son algo más que un espectáculo. Igual que la bolsa son a modo de un poderoso termómetro so-

ciológico. Cuando la preocupación política es grande, el público que acude a la plaza se vuelve intransigente, en los tendidos se producen grandes protestas y al torero se le exige todo.

## EL MAYOR ENEMIGO DE LA FIESTA DE LOS TOROS, EL «SEISCIENTOS»

Amelia Pérez-Tabernero, hija de aquel don Antonio de Salamanca, como llevaba en la sangre el veneno de la ganadería, andando el tiempo sería propietaria de una. A cinco kilómetros de El Escorial se hallan las cuatrocientas hectáreas de prados y fresnos de «Puerta Verde». Es un cuarto de la antigua propiedad de Felipe II, con cuyas rentas mantenía el Monasterio.

—Hay mucha gente que se sorprende de que yo sea ganadera, creyéndome la única que ha existido o existe en el país, y no es así. Ya en mil setecientos setenta doña Elena Guijo poseía una ganadería, y en mil ochocientos la marquesa de Funes, la condesa de Salvatierra y la viuda de Murube. Por lo que respecta a hoy, en Salamanca hay dos hermanas, ya entradas en edad, que viven a la antigua usanza y administran directamente su finca de «Terrones»: Calota y María Sánchez y Sánchez.

La ganadería de Amelia Pérez-Tabernero tiene una antigüedad de doce años y está formada por unas seiscientas cabezas. La finca está íntegramente dedicada a la cría de ganado de lidia y dada su excelente ubicación —ya hemos señalado que apenas dista cinco kilómetros de El Escorial— sobre ella se cierne la sombra amenazadora de las urbanizadoras. Amelia no se rinde por el momento. Veremos en qué queda a la vuelta de unos años.

—Mientras viva la mantendré. La ganadería es una cosa que se lleva en la sangre y en la que se sigue por afición. Para el que es buen ganadero le es muy difícil dejarlo aunque sea una actividad poco rentable. En mi familia hay once ganaderías. Yo pienso que se podrá ir a más o



*menos, pero la fiesta de los toros no morirá, aunque es preciso admitir que, como decía Domingo Dominguín, el mayor enemigo de los toros ha sido el «seiscientos».*

Por muchos años, sin embargo, Madrid seguirá siendo el corazón de la fiesta .

## **MADRID, ESE VIEJO CORAZÓN DE TORO**

*«Madrid, castillo famoso, que el rey moro alivia el miedo, arde en fiestas en su coso por ser el natal dichoso de Alimenon de Toledo...»*

(Nicolás F. de Moratín.)

Madrid no es sino el centro geográfico de esa vieja piel de toro, gorda de prados serranos, húmeda de Tajos, Alberches y Jaramas, que cuando San Isidro barrunta milagro, sigue poblando de sombreros planos las tertulias de viejos hoteles y la calle de la Victoria de empujones.

Si a Madrid, capital y provincia, claro, le arrancásemos de un golpe toro y torero de las páginas de su historia, en el intento se nos iría por entre los dedos demasiada sal y pimienta, mucho coqueteo de alcurnia (Pedro Romero), el peligro de algún amago de defenestración política (Godoy), mucho arrojo y mucho cuajo popular —de ese que ya no se derrama con tanta abundancia en nuestros días—, que lo mismo se jugaba la vida al as de oros que en la plaza ante un par de leznas bien puestas.

A Madrid, cátedra de la tauromaquia por excelencia, había (y hay) que venir a por el oro, la oreja, el aplauso... aunque, si las cosas se torcían, también se podía topar con un cornalón de caballo.

Que aquí nace, padece y muere el toro de lidia desde hace siglos. Ya oyeron la vieja y manida copla de don Nicolás, fechada en Madrid un 25 de julio de hace doscientos años.

\* \* \*

El toro, ese «luto articulado» y «tumba de la espada» hernandiano, ese «tizón de humo y candelita» de Alberti, esa «noble ca-

beza, negra pena» que «en dos furias se encuentra rematada», que es para Rafael Morales, aunque muchas veces hasta se olvide, el origen de la fiesta. Primero fue el toro, después el desafío del hombre que traería como consecuencia ese arte que Lagartijo definió a su célebre manera el toreo: «Te pones aquí y te quitas tú o te quita el toro». Luego, resulta que la cosa, a la hora de la práctica, no es tan sencilla. Ya lo advirtió Belmonte: «El día que se torea, crece más la barba». Cuentan que Rafael «El Gallo», gran conocedor de este oficio de miedos, solía decir a los otros matadores antes de iniciar el paseillo: «Al que sea capaz de echar ahora un gargajo así de grande le regalo mil duros». No tuvo que soltar nunca un real.

Lo de lidiar el toro es asunto netamente ibérico. Tan sólo nuestros pastizales dieron tal ferocidad a los astados. Todo lo que hicieron los romanos se redujo a encerrarlo en los circos con un puñado de subciudadanos del Imperio para que aquél les agujerease la tripa; es decir: en plan de verdugos y no de víctimas, lo que era más democrático (en lo que a respetar los derechos del toro se refiere), pero mucho más bestia. Sobre todo teniendo en cuenta que seguía siendo considerado como espectáculo. En todo caso lo que los romanos inventaron fue el «cornalón de cristiano», que, por lo que a uno se le alcanza, podría ser, a lo sumo, una variedad salvaje del ya más conocido «cornalón de caballo».

Con esos precedentes, como señala Moratín, también podrían ser declarados precursores de nuestras corridas los indios del Orinoco, quienes se ejercitaban burlando, a cuerpo limpio, las feroces dentelladas de los caimanes.

¿Cuándo el «uro», o toro salvaje, que tanto abundaba en Europa comenzó a ser alanceado? No todo el mundo está de acuerdo sobre este punto. Aun cuando se afirma que el primero que alanceó toros a caballo (sin hierro en el anca ni señal en la oreja, puesto que la única ganadera de aquellos tiempos era la madre Naturaleza) fue Ro-



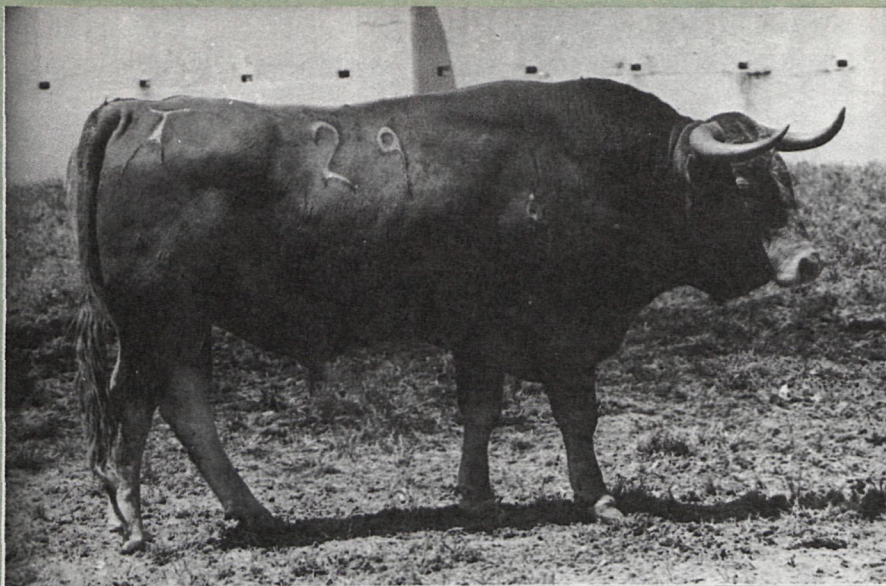
drigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador, es mérito que algún erudito del asunto como Sánchez Neira le discute, por pensar que antes de su venida al mundo ya se alanceaban reses en carpetovetonia. Sea como fuere, la taumaquia, en sus albores, fue distraimiento sólo practicado por gentes de alcurnia y a caballo siempre. El espectáculo solía tener lugar con motivo de fiestas públicas, grandes conmemoraciones y casorios de rumbo. Se corría el toro libre, y no enmaromado o con perros como sucedía en Italia, aunque como en tiempos de Juan II el suceso llegase a tener el carácter de una montería.

Los moros fueron grandes aficionados a matar toros, dándose entre ellos excelentes alanceadores. También los hubo entre los cristianos, por supuesto:

Carlos V, el emperador de España y de las Alemanias, mató un toro de un lanzazo en Valladolid, para festejar el nacimiento de Felipe II, y de Francisco Pizarro cuentan que fue un gran rejoneador. Con Felipe V, que no era partidario de la fiesta de los toros, la afición de los *ricos-hombres* decae. El toro parece a punto de ser olvidado, para su bien, en la maraña de montes y serranías, pero ocurrió que si la nobleza empezaba a despreciarle el pueblo llano comenzó a ejercitar su arrojo matándolos a espadas; a pie.

La lidia del toro bravo, propiamente dicha, tal y como hoy se practica, estaba a punto de nacer. Porque lo de antes consistía sólo en su muerte, así que se intentó el «más difícil todavía». Desde entonces el matador de toros, socialmente apreciado y





barroco y difícil, del parar, templar y mandar. Pero, ¿qué había sido del toro? Que también había evolucionado, pero para peor. A pesar de que los criadores se esmeraron en conservar intacta la pureza de sangre y la bravura, resultó que aquel «uro», poco a poco se fue convirtiendo, por su tamaño, casi en hurón cojitrando y borracho, aunque conservase el mismo fuego en la sangre.

## MADRID HA VISTO MORIR A 55 TOREROS

En las cinco plazas con que Madrid ha contado a lo largo de su historia, han sido lidiados muchos miles de toros. Difícilmente podría hallarse el número exacto. Se sabe, eso sí, que hasta principios de la década de los años 70 en sus cosos habían muerto cincuenta y cinco toreros, de los 427 caídos en toda España desde aquella tarde de 1771 en que José Cándido falleció víctima de una cornada en Puerto de Santa María. No resulta difícil recordar algunos nombres famosos: Pepe-Hillo, Curro Guillén, El Espartero, Joselito, Granero, Sánchez Mejías, Manolete...

A Pepe-Hillo lo mató «Barbudo» tras una cogida horrosa en el coso madrileño. En él morirían también Paquiro en las astas de «Rumbón»; a «Pepete», doce años después, un toro de nombre «Tocinero» le partía el corazón de una embestida y a Granero, aquel «Pocapena», cárdeno, de afilada cuerna, lo derribaría para siempre, un siete de mayo de hace cincuenta y cinco años, en una de las secuencias más sobrecogedoras de la historia de la tauromaquia: después de sufrir varias cornadas, uno de los pitones terminó ensartando al torero por el ojo derecho.

Con todo, a pesar de estas tragedias, el espectáculo siguió porque continuaban vigentes los tres argumentos esenciales: toro, lidiador y esa aventura trágica de la suerte o la muerte que a la masa ibérica subyugó siempre.

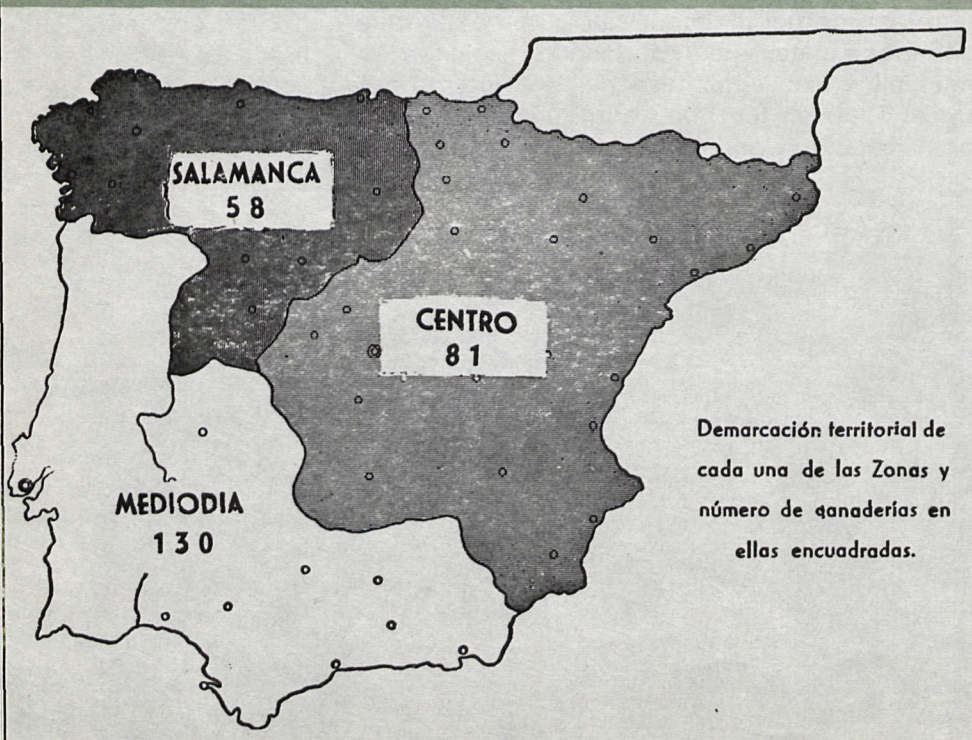
José María MOREIRO

premiado con una bolsa de duros más o menos repleta, procedería, generalmente, de las clases más humildes. Era la profesionalización.

El toreo se entrañó de tal manera en el pueblo que hasta las más bravas mujeres se echarían a los ruedos, como aquella Nicolasa Escamilla, natural de Valdemoro y más conocida por «La Pajuelera» (porque de moza se había dedicado a... vender pajuelas de azufre), a quien Goya retrató en un famoso aguafuerte, y le sobraban redaños para irse hacia el toro cantando; o aquella Martina García que a los sesenta cumplidos toreó la última novillada que se dio en el coso madrileño de la Puerta de Alcalá, de quien Cúchares di-

ría: «Si lo que le sobre de valentía lo tuviera de conocimiento de las reses, sería tanto como yo». Pero he aquí que una real orden de 1908 prohibió a las mujeres tomar parte en las corridas (luego se permitiría durante la II República, como hoy lo está). A «La Reverte», que tenía cierto cartel no le gustó aquello, así que, ni corta ni perezosa, confesó que era hombre, que se llamaba Agustín Rodríguez, y a pesar de las comidillas que se trajeron, continuó vistiendo el traje de luces. Así fue como «La Reverte» se transformó en el primer travestí de la historia de la tauromaquia.

Aquí tenemos una lidia nacida a lanzazo bruto que concluiría en ese depurado arte,



# TORRELAGUNA

## PIEDRAS E HIJOS ILUSTRES



Vista panorámica de Torrelaguna

LA VILLA EN QUE NACIO EL  
CARDENAL CISNEROS Y MURIO  
EL POETA JUAN DE MENA

Del gran cardenal quedan piedras y recuerdos. Del poeta cordobés, un sepulcro en la iglesia parroquial y cuatro versos como epitafio. En Torrelaguna nacieron Santa María de la Cabeza, siete obispos y otras personalidades

*«Feliz patria, dicha buena,  
escondrijo de la muerte.*

*Aquí le cupo por suerte  
al poeta Juan de Mena.»*

(Epitafio anónimo del poeta.)

### TORRELAGUNA Y SUS NEBULOSOS ORIGENES

**A**

falta de datos auténticamente históricos sobre el remoto origen de esta villa de Torrelaguna, producto de la romanización de la meseta que sería después Castilla la Nueva, recurrimos a lo que nos dice su pródiga geología. En el punto de confluencia de los ríos serranos Lozoya y Jarama se extiende un valle fértil en cuyos límites coinciden las provincias de Madrid y Guadalajara. A esa fertilidad de su vega debe la villa su nacimiento y su actual desarrollo.